

EDITORIAL

Cada pueblo tiene sus señas de identidad. Las ciencias sociales definen a los pueblos por un conjunto de características, tanto de orden físico como inmaterial. Un pueblo ocupa un territorio concreto que condiciona las formas de vida y se distingue de otras comunidades humanas por su originalidad étnica, lingüística, religiosa, cultural, económica y simbólica. Un pueblo es, sobre todo, un conjunto de personas que tienen conciencia de formar una unidad, que consideran positivos los vínculos estructurales e institucionales que configuran su vida colectiva y que desean dar respuestas conjuntas a los desafíos futuros. La cohesión de los pueblos es perfectamente compatible con la diversidad ideológica, política y social de sus habitantes. Lo que crea la identidad colectiva es el reconocimiento de unas mismas raíces culturales, el hecho de compartir unos condicionamientos comunes, la práctica de unas convenciones sociales determinadas y la posibilidad de poner en común proyectos y esperanzas. Muchos de los vínculos más decisivos que constituyen los pueblos son inconscientes o invisibles. Las leyendas, los mitos y los símbolos dan expresividad a los componentes más sutiles de la identidad colectiva. Por eso es útil, para conocer un país, acercarse a su universo mítico y simbólico. **Catalònia** ofrece en este número algunas indicaciones para comprender la nación catalana a través de sus señas de identidad.

En el mundo contemporáneo se produce una invasión simbólica vehiculada por los poderosos medios de comunicación de masas, que tiende a substituir la variada mitología de cada pueblo por un nuevo repertorio de mitos con pretensiones universales. Los nuevos mitos impuestos por la tecnología contemporánea están

muy condicionados por los intereses del mercado internacional. Por otro lado, corresponden sólo a las formas de vida de los países más poderosos y a los valores de las culturas dominantes. Todos los pueblos deberían ser capaces de discernir lo que de bueno y constructivo puede haber en el alud de ideas, de símbolos y de valores provenientes de las industrias culturales multinacionales. Deberían poder elegir lo que consideren compatible con sus tradiciones más valiosas y con sus aspiraciones a un futuro más humano. Podemos pensar que todos los pueblos tienen mitos propios, en el sentido de exclusivos, y mitos compartidos que fundamentan la comprensión internacional. Todos los habitantes del planeta Tierra deben poder compartir valores, mitos y esperanzas que hagan progresar hacia un mundo intelectualmente abierto, moralmente responsable y capaz de compasión, de tolerancia, de amor y de paz.

Las señas de identidad tienen relación con las leyes no escritas que son, por lo general, más elocuentes que las leyes formuladas. Los pueblos comparten, más allá de la racionalidad, confianzas y terrores, delimitan de modo convencional el bien y el mal, lo sagrado y lo profano, los comportamientos sociales aceptables o escandalosos y establecen los códigos que convierten ciertos aspectos de su realidad en puntos de referencia. Las señas de identidad se localizan en todos los ámbitos de la vida colectiva: las creencias, la historia política, las obras de arte, las instituciones deportivas, las narraciones literarias o los personajes insólitos. Este número de **Catalònia** nos inicia en algunos de estos ámbitos con la intención de dar a conocer aspectos poco visibles de la identidad nacional catalana.

FÈLIX MARTÍ DIRECTOR